

M 861
J.

COYOLICALTZIN.*

A mi querido padre el Sr. Lic. D. Pablo González Montes.

I

Formar una literatura nacional, una literatura que presente nuestro modo de sér, nuestro carácter, nuestras costumbres, que contenga nuestras tradiciones y los acontecimientos de nuestra historia; que describa nuestra naturaleza tan variada como virgen, y que refleje nuestro cielo sin igual; hé aquí la idea que hace algún tiempo se viene propagando por varios entendidos literatos, pero muy principalmente por el Sr. Altamirano, quien con sus consejos á sus amigos, sus lecciones á sus discípulos, sus escritos y su ejemplo, ha hecho cuanto ha podido para que se llegue á constituir una literatura propia entre nosotros, y muy par-

* Este artículo fué leído por su autor en el *Liceo Hidalgo* la noche del 23 de Mayo de 1887.

32493

tiencularmente también por el Sr. D. Francisco Sosa, que con sus juicios literarios y sus innumerables biografías que ha escrito de nuestros compatriotas, ha sido muy digno colaborador del Sr. Altamirano.

Hasta hace pocos años nuestros poetas y escritores habían visto con demasiada apatía, y hasta con un censurable desdén, esta cuestión tan importante. No parece sino que dominados aún, ya que no por el poder, si por las ideas de España, no se habían resuelto á proclamar la independencia literaria, como nuestros héroes proclamaron la política.

Y de ésto resultó que muchos de nuestros poetas, en vez de inspirarse en lo nuestro, no pasaban de ser imitadores de los ingenios y de los *no ingenios* de la Península; y los que se apartaban de esta senda en algunas ocasiones, no hacían otra cosa que traducir, como Pesado, composiciones extranjeras, ó rimar la Biblia, como Carpio.

Sólo honrosas y raras personalidades no siguieron esta regla tan común como general; sólo el *Pensador Mexicano*, al principio de este siglo, hacía surgir una literatura nacional escribiendo su inmortal *Periquillo*, su *Quijotita*, y otras obras que demuestran, que además de su gran talento, poseía el valor necesario para censurar los errores y la ignorancia en que nos tuviera una dominación tres veces secular; sólo el malogrado é inolvidable Rodríguez Galván, recogía nuestras tradiciones y registraba nuestras crónicas, para legarnos *El Privado del Virrey*, y Muñoz, *visitador de Méjico*, piezas dramáticas de las mejores de nuestro teatro, y cuyo mérito no se ha comprendido como se debe; sólo Don José de Jesús Díaz era uno de los primeros poetas que

cantaba á nuestras glorias patrias, como la salida de Cuantla, de ese gigante que se llamó Morelos, ó se inspiraba en las tradiciones y costumbres populares, para escribir leyendas como *La Cruz de Madera*; sólo Rodríguez y Cos emprendía un ensayo épico para producir su poema *El Anáhuac*; sólo Roa Bárcena estudiaba nuestra Historia para escribir sus bellas *Leyendas Mexicanas*, y sólo D. José María Esteva escribía sus inimitables poesías *jarochas*.

Los demás de nuestros escritores y poetas, adolecían de la fiebre de las imitaciones, de la languidez de la poesía religiosa y de la poca novedad de la poesía erótica, que de no cultivarse por verdaderos genios, como Manuel M. Flores, tiene que ser trivial.

Pero vinieron mejores tiempos, y nuestros poetas y escritores, saliendo del enervamiento en que se hallaban, rompiendo con añejas preocupaciones, y considerando sin duda que nuestra literatura, para ser de mérito tenía que ser original y reflejar nuestra fisonomía propia, resolvieron inspirarse en todo lo nuestro, y fruto de esta resolución fueron las pocas novelas, dramas, poemas y leyendas que tenemos, y que pueden llamarse esencialmente nacionales.

Y entónces aparecen Altamirano y Cnéllar con sus originalísimas novelas; y Guillermo Prieto, que había sido uno de los pocos que rendía culto á una literatura propia, escribe sus odas pindáricas á la Patria, y sus romances populares, que más tarde reunidos forman la *Musa Callejera*, la cual había de preceder á ese monumento que levantó á los héroes de la Independencia, el *Romancero Nacional*; Peón Contreras, que en sus *Romances históricos mexicanos* explota las leyendas

de nuestra historia antigua y los acontecimientos más romanescos de la época virreinal; Castera, que baja á las minas, y con verdadero talento hace surgir de ese mundo subterráneo heroínas desconocidas y titanes del trabajo, para presentarlos en su preciosa colección de *Las Minas y los Mineros*; y en fin, otros varios escritores y poetas siguen su ejemplo, hasta hoy día, en que aparecen las *Tradiciones y leyendas mexicanas* de Riva Palacio y Peza, y los poemas de un poeta del cual vamos á hablar ahora.

II

Nos referimos al Sr. D. Eduardo del Valle, autor de una leyenda caballeresca, *Las Arras de la Boda*, de una composición muy interesante y muy mexicana, *Lupe*, y de un inspirado poema, escrito en correctas y sonoras octavas reales, é intitulado *Cuauhtemoc*, poema que hace poco tiempo vió la luz, siendo acogido por todos con aplauso general, y al que le hizo justicia en un brillante y magnífico prólogo, el Sr. D. Ignacio M. Altamirano.

Bastaría tan sólo esta producción del Sr. Valle para conquistarse, como se ha conquistado, un lugar distinguido en la literatura patria; pero no dando tregua á su inspiración, acaba de escribir un pequeño poema, que si no se puede colocar á la altura del ya citado, sí el que ahora ha brotado de su infatigable numen poé-

tico, debe y deberá llamar la atención, por reunir á su mérito literario, el ser completamente nacional.

La nueva producción del Sr. Valle la intitula *Coyolicaltzin. Leyenda mexicana del siglo XV*, y aunque de cortas dimensiones, constituye un verdadero poema.

Al escribir *Las Arras de la Boda*, que tienen un argumento extranjero, leyenda que por otra parte es muy bella, el Sr. del Valle cometió tal vez un pecado que le censurarían los amantes de una literatura propia; pero de este pecado se absolvió él mismo con la publicación de su *Cuauhtemoc*, y ahora borra por completo las huellas que hubiera podido dejar semejante falta, con su último poema *Coyolicaltzin*.

En él ha tomado por argumento una de las más poéticas leyendas de nuestra historia antigua, sobre la cual sólo el Sr. D. Juan de Dios Villalón ha escrito algo, pues el resto de nuestros poetas la habían dejado olvidada, como otras muchas, entre las amarillentas páginas de nuestras crónicas.

No pretendemos hacer un extracto de la leyenda que ha servido de base para escribir *Coyolicaltzin*, pues si lo hiciéramos, tendríamos que ser difusos; así es que basta á nuestro objeto decir que los acontecimientos de ella tuvieron lugar en tiempo de Ahnizotl, cuando éste llevó sus conquistas hasta el señorío de los zapoteca.

El Sr. del Valle se ha ajustado, hasta donde es posible, á la verdad de la leyenda, tal como la refieren los historiadores, y no ha desperdiciado ningún detalle, por minucioso que fuera; ha sabido embellecerla en todos aquellos puntos en que es permitido al poeta suplir por medio de la imaginación lo que calla la cró-